

LAS GENERACIONES ESPAÑOLA Y AMERICANA DEL 98

Antonio LAGO CARBALLO
Profesor de la Universidad Complutense

Mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento a los organizadores de estas Jornadas de Historia Marítima por su invitación para participar en ellas. A renglón seguido creo necesario hacer una aclaración respecto al título de mi exposición, pues tal y como figura en el programa de estas Jornadas pudiera parecer que yo establezco un parangón entre la generación española del 98 y una generación hispanoamericana que fuese paralela a la española. Si no ignoro toda la controversia y discusión promovida por la cuestión de si ha existido o no una generación del 98 diferenciada del movimiento modernista, menos ignoro lo aventurado que sería afirmar la existencia de una generación hispanoamericana que tomase el año del Desastre como causa y signo de su denominación, ya que para algunos autores - así el argentino Manuel Ugarte en su libro *La dramática intimidad de una generación* (Madrid, 1951) - es preferible denominar la generación del 1900.

Y sin embargo y aunque parezca paradójico quiero decirles que lo que voy a hacer esta tarde es aventurarme y partir de una hipótesis de trabajo encaminada a mostrar la posibilidad de que un grupo de escritores, de intelectuales hispanoamericanos pudiesen ser agrupados y ordenados bajo esa denominación. En ellos coinciden elementos comunes que parecieran dar pie a definirlos como miembros de una generación literaria.

Por supuesto, no pretendo dedicar minuto alguno a recordar lo mucho que se ha teorizado en torno al concepto de generación literaria. De lo escrito hasta hace cincuenta años, dio buena cuenta Pedro Laín Entralgo en su libro *Las generaciones en la historia*, (Madrid, 1945), previo a su obra sobre la generación del 98. De todas las teorías y tesis por Laín resumidas y analizadas sobre el concepto de generación, utiliza-

NOTA:

ANTONIO LAGO CARBALLO, ha sido profesor de "Regímenes políticos iberoamericanos" (1963-1980) en la Universidad Complutense, y en la Escuela Diplomática de Madrid, desde 1979. Es autor de una antología del escritor mexicano Alfonso Reyes (1992) y ha dirigido el libro *Vida española del general San Martín*, editado en 1994 por el Instituto Español Sanmartiniano, del que es presidente.

Acaba de publicar su libro *América en la conciencia española de nuestro tiempo*, en el que analiza las resonancias que el tema de América ha tenido en el pensamiento y en las letras españolas desde la generación del 98 a nuestros días,

Ha sido director del Patrimonio Artístico y Cultural (1976-1978) y Subsecretario de Educación y Ciencia (1980-1982).

ré—como cañamazo para mi hipótesis de trabajo—la del alemán Petersen, como ya hiciera Pedro Salinas en su muy interesante y conocido trabajo (diciembre de 1935), sobre la generación del 98, añadiendo por mi cuenta alguna nota tomada de Ortega y Gasset.

Me consta que es mucha el agua que ha corrido bajo los puentes de la crítica literaria en los últimos años últimos. Pero permítanme que recurra a Petersen y que recuerde los elementos constitutivos que él establecía para que se pudiese dar por existente una generación literaria.

Eran éstos: proximidad de nacimientos entre los posibles integrantes de esa generación; relaciones personales entre los hombres de la misma; coincidencia en las colaboraciones en prensa, revista o editoriales; análogo lenguaje generacional. Añádase como elemento sustancial lo que Petersen llama acontecimiento o hecho generacional. Pedro Salinas lo define como «un hecho histórico de tal importancia que, cayendo sobre un grupo humano, opera como aglutinante y crea un estado de conciencia colectivo, determinando la generación que de él sale».

Es indudable que estas características se dan entre los componentes de la generación española del 98 y así lo hace ver Salinas en su citado trabajo. Pero cabe preguntarse si acaso encontramos estos elementos constitutivos entre los escritores que he seleccionado como integrantes de esa posible generación hispanoamericana del 98.

Veamos sus nombres por el orden cronológico de su nacimiento: el uruguayo José Enrique Rodó (1871), el venezolano Rufino Blanco Fombona (1874), el argentino Manuel Ugarte (1875), el peruano José Santos Chocano (1875), el argentino José Ingenieros (1877), el mexicano José Vasconcelos y el dominicano Pedro Henríquez Ureña en 1884, el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide (1885)... por sólo citar algunos nombres relevantes de la literatura hispanoamericana de nuestro siglo.

En primer lugar, encontramos la proximidad de su nacimiento. Entre la fecha en que nace el mayor de los ocho, José Enrique Rodó - 1871 - y aquella que corresponde al más joven, Zaldumbide - 1885 - sólo trascurren catorce años, uno menos de los que Ortega señala como «zona de fechas» para una generación.

Es claro que se me puede preguntar por qué razón he elegido esa «zona de fechas» y no otra, por ejemplo la que permitiese centrar a tal generación en torno a la figura de Rubén Darío, nacido en 1867. Rubén fue el genial poeta que impulsó el modernismo literario en los países hispanoparlantes de ambos lados del Atlántico y que en algunos de sus grandes poemas tomó rotundas actitudes políticas como luego veremos. Debo confesar que he preferido basarme en la figura de José Enrique Rodó por cuanto de él arranca toda una línea de preocupación intelectual y política como intentaré justificar.

En cuanto a las relaciones personales de los integrantes del grupo, casi resulta innecesario subrayar en qué medida fueron intensas a pesar de la distancia geográfica en que se encontraban y en algunos casos muy tempranas: así el encuentro en Boston en 1899 de Blanco Fombona y Manuel Ugarte. Casi todos ellos coincidieron en colaborar en las mismas revistas. Así en *La Revista Literaria* fundada

por Manuel Ugarte en 1895 donde colaboran Santos Chocano y Blanco Fombona; otros escribieron en la *Revista Nacional* que sacaba Rodó en Montevideo. Y años más tarde publicarían sus trabajos en el *Repertorio Americano* publicado en San José de Costa Rica por García Monge a partir de 1919 o en la *Editorial América* creada y animada en Madrid por Blanco Fombona con sus colecciones Ayacucho y Andrés Bello.

Mas donde la coincidencia fue mayor, lo veremos enseguida, fue en el comentario a la obra de Rodó y en el uso del ensayo como género literario preferido. Los críticos e historiadores de la literatura hispanoamericana -Anderson Imbert, John Skirius, José Miguel Oviedo...- no dudan en afirmar que Rodó es el iniciador del ensayo contemporáneo en nuestra América. Tras él la nómina de los cultivadores del género está cargada de nombres relevantes: Pedro Henríquez Ureña, Vasconcelos, Gonzalo Zaldumbide, Alfonso Reyes, Picón Salas, Germán Arciniegas, Usclar Pietri... Germán Arciniegas se ha preguntado por qué esta predilección por el ensayo, para darse esta respuesta: «América es ya, en sí, un problema, un ensayo de nuevo mundo, algo que tienta, provoca, desafía a la inteligencia».

Si el ensayo es el género literario más propiamente hispanoamericano lo es no sólo porque haya sido utilizado por sus escritores sino porque una de las cuestiones que con más frecuencia han sido objeto de meditación y análisis es, precisamente, América. América en su pasado, en su presente y en su porvenir; su esencia histórica, los signos de su identidad, las notas caracterizadoras de la personalidad de sus pueblos tanto individual como colectivamente.

Pero sigamos con la búsqueda de los elementos constitutivos señalados por Petersen para definir a una generación literaria. Uno de ellos es el lenguaje utilizado por cuantos escritores la integran. No parece discutible que todos ellos puedan ser incluidos en el modernismo, «ese movimiento de entusiasmo y de libertad hacia la belleza» como lo definió Juan Ramón Jiménez. El estilo de los autores a que me vengo refiriendo es modernista tanto cuando emplean el verso como cuando escriben en prosa. Habría que matizar esta afirmación si se habla de Henríquez Ureña más profesoral, más científico en sus textos de historiador de la cultura o en sus estudios filológicos o de José Ingenieros en sus escritos médicos o filosóficos..

Pero el tiempo pasa y quiero centrarme en lo que considero el elemento decisivo, el acontecimiento generacional de que habla Petersen. Se trata del impacto que en el espíritu de aquellos hombres produjo un acontecimiento histórico: la guerra hispanonorteamericana, tan breve y desproporcionada en las fuerzas de los contendientes. Esta guerra y su desenlace - el Tratado de París de diciembre de 1898 por el que España perdía sus últimas posesiones en ultramar: Cuba, Puerto Rico, Filipinas... - era un episodio más, y muy significativo, en la marcha firme y decidida de los Estados Unidos hacia la conquista de un papel de primera importancia en el escenario mundial. Paralelamente hay que registrar como una de las notas caracterizadoras del tránsito entre los siglos XIX y XX la progresiva sustitución en Iberoamérica de la presencia y la influencia europea -la de los dos pueblos ibéricos, la de Inglaterra, la de Francia- por la gravitación creciente de los Estados Unidos, cuyo desarrollo agrícola e industrial daría paso a una de las economías más impor-

tantes del mundo. Y con ello a alentar afanes hegemónicos —la doctrina Monroe como telón de fondo— respecto a la América situada al sur del Río Bravo.

Todo esto que es válido para los escritores y pensadores americanos que antes he citado, no lo es en igual medida para los españoles. Es cierto que el Desastre del 98 fue el factor desencadenante de su actitud en cuanto significa el momento crítico del proceso de decadencia que venía sufriendo la nación española. Entonces es cuando cristaliza una resuelta actitud que podría cifrarse en la frase de Azorín: «Hagamos un feroz análisis de todo». Los intelectuales españoles en su ánimo analizador buscarán la causa del mal que aquejaba a nuestra sociedad. Hay un esclarecedor texto de Ramiro de Maeztu escrito en Londres quince años después del Desastre. Aunque sea conocido permítanme que lo recuerde: «Rápidamente se fue dibujando ante nuestros ojos el inventario de lo que nos faltaba. No hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay industrias, no hay clase media, no hay moralidad administrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay... ¿Se acuerdan ustedes? —añadía— Buscábamos una palabra en que se comprendieran todas estas cosas que echábamos de menos. «No hay hombre», dijo Costa; «No hay voluntad» Azorín; «No hay valor», Burguete; «No hay bondad», Benavente; «No hay ideal», Baroja; «No hay religión», Unamuno; «No hay heroísmo», decía yo, pero al siguiente día decía: «No hay dinero», y al otro «No hay colaboración».

Y líneas después centraba con agudeza la cuestión: «Faltaba la pregunta de: ¿qué es lo central, qué es lo primero, qué es lo más importante?».

«Al cabo ha surgido la pregunta. Al cabo España no se nos aparece como una afirmación ni como una negación, sino como un problema.»

En efecto, para los hombres del 98 España se presentaba como un problema en sí misma. Esa *España como problema* tan finamente analizada por Pedro Laín hace casi cincuenta años en un libro así titulado.

Pues bien, quizá para los hispanoamericanos el problema de América tras el 98 era que se quedaba sola frente al poderoso vecino del Norte. La legendaria exclamación del presidente Porfirio Díaz —«¡Pobre México tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!»— podría aplicarse a otros países de aquel Continente.

Permítanme que recuerde que el presidente James Monroe en un mensaje al Congreso proclamó el 2 de diciembre de 1823 los principios de la doctrina que había de llevar su nombre con estas palabras:

«Los Estados Unidos deben ser sinceros con aquellas potencias (europeas) con las que mantenemos amistosas relaciones y declarar que consideraríamos un atentado por su parte extender su dominación a cualquier sector de este territorio, como peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad».

Hay que añadir que el principio de «América para los americanos» fue compatible con la política de aislacionismo practicada por Estados Unidos desde la época de Jorge Washington. Igualmente fue compatible con el mantenido propósito de ensanchar el espacio territorial estadounidense como puso de relieve, a mediados del siglo XIX, la guerra contra México que proporcionó extensas y ricas regiones al país del Norte.

Si bien la política aislacionista fue abandonada por Estados Unidos con el enfrentamiento con España, ya antes, en 1895, había dado muestras de un cambio profun-

do con la intervención estadounidense en el contencioso entre Venezuela y la Guayana británica a causa de sus diferencias en la interpretación de los límites fronterizos entre ambos países. Entonces el presidente Cleveland decidió frenar a Inglaterra en nombre de la doctrina Monroe.

Tras la guerra del 98, se produjo la ascensión de Teodoro Roosevelt a la presidencia de Estados Unidos -septiembre de 1901- quien marcaría un nuevo rumbo a la política internacional norteamericana, como él formularía sin rodeos:

«Es nuestra creencia que la América del Sur será nuestro campo de expansión. No es práctico seguir tolerando que pueblos tan indolentes, tan reacios al progreso y tan incapaces de gobernarse como los latinos de Centro y Sur América, continúen ocupando tierras tan fértiles, tan ricas y productivas como las del continente suramericano. El destino manifiesto de esta nación (Estados Unidos) es poseer todo el hemisferio occidental».

Varios episodios se producirían en virtud de este «destino manifiesto» que fueron testimonios expresivos de la gravitante presencia estadounidense. Episodios que tuvieron por escenario a diversos países: Venezuela, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Colombia, Panamá... Todos estos acontecimientos –de los que la breve y desigual guerra del 98 fue, sin duda alguna, el más grave y causante de mayor conmoción– contribuyeron a provocar entre los intelectuales hispanoamericanos que he incluido en la propuesta generación, una actitud de reproche y repulsa hacia los Estados Unidos a los que acusaban de afán imperialista y avasallador, afán que se seguiría manifestando con el paso de los años: intervenciones en Nicaragua, en Cuba –no olvidemos la enmienda Platt impuesta por el Congreso americano y por la que el gobierno de la Isla se veía obligado a conceder a Estados Unidos el derecho a intervenir en los asuntos internos de Cuba–, en México, en la República Dominicana, en la que el desembarco de los «marines» en 1916 sería tan duramente criticado por Henríquez Ureña.

Si el Desastre del 98 se presenta como una de las causas determinantes de la generación española, no parece arriesgado afirmar que para una sensibilidad hispanoamericana mayor gravedad entrañaban las sucesivas agresiones y violencias ocasionadas por las aludidas intervenciones estadounidenses con la consiguiente pérdida o menoscabo de la independencia y soberanía nacionales.

Pero al lado de estos hechos políticos, de estas acciones militares, hay que situar como otro acontecimiento que explica la conciencia generacional de este grupo de escritores, la publicación en Montevideo y en 1900 de un breve libro titulado *Ariel*, que pretendía ser signo y bandera de una actitud moral despertadora de conciencias frente al estilo de vida y a la escala de valores defendidos por la civilización norteamericana. Su autor, un joven escritor uruguayo: José Enrique Rodó.

Ariel se convertiría muy pronto «en el libro de cabecera de toda una generación», o como ha escrito el historiador peruano Luis Alberto Sánchez: «Desde que apareció *Ariel*, la juventud americana lo convirtió en su breviario espiritual». Era un libro que «fue leído primero como un manifiesto y, en las dos décadas siguientes, como un evangelio para la acción» (J. M. Oviedo).

En aquellas páginas, que alcanzaron rápida difusión, lectura y comentario entre los espíritus despiertos de muy distintos países iberoamericanos, se pretendía salir al

paso de la encendida admiración y asombro provocados por el prodigioso desarrollo alcanzado por Estados Unidos en virtud de un rotundo pragmatismo.

Con una prosa discursiva y preciosista, propia del modernismo literario entonces reinante, pretendía el pensador uruguayo poner en guardia a la juventud de América –a la que dedicaba el libro– «contra el remedo a ciegas de una civilización que él veía como magnífico torso, pero no como estatua terminada» por decirlo con frase de Henríquez Ureña. Rodó pretendía avisar del peligro de dejarse arrastrar no por el impulso de Ariel, la parte noble y alada del espíritu, sino por el de Calibán –las dos figuras simbólicas creadas por Shakespeare en *La Tempestad*–, aquel salvaje y deforme esclavo del utilitarismo y la sensualidad sin ideal. «Los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario», escribía Rodó.

Desde el primer momento se interpretó el libro de Rodó como un ataque a los Estados Unidos, un producto más contra la «nordomanía» denunciada por el propio Rodó, quien no pretendía con su mensaje sino exaltar los valores de la cultura clásica frente a la falta de idealismo y de poesía, la carencia de buen gusto, la mediocridad popular y moral, la búsqueda del éxito como finalidad suprema de la vida, defectos todos que él achacaba a los norteamericanos.

Lo cierto es que *Ariel* alcanzó un inusitado éxito al que contribuyeron los comentarios y controversias en foros y prensa.

Todo un movimiento, el «arielismo», dejó sus huellas en las letras y el pensamiento hispanoamericano. Hay un libro del historiador y crítico peruano Luis Alberto Sánchez –*Balance y liquidación del novecientos*– que es como una crónica del movimiento arielista.

Lo que es evidente es que *Ariel* fue motivo de reflexión para cuantos integraban las minorías pensantes de los pueblos hispanoamericanos. Casi todos los escritores que he citado como incorporables a la generación del 98 hispanoamericano, comentaron el libro del pensador uruguayo. En 1910 y en una conferencia dada en la ciudad de México decía Henríquez Ureña: «No vacilemos ya en nombrar a José Enrique Rodó entre los maestros de América. Rodó es el maestro que educa con sus libros, el primero, quizá, que influye sólo con la palabra escrita». Y respecto a la significación de su mensaje, tenemos el testimonio del gran humanista mexicano Alfonso Reyes, quien en 1917 escribía: «Y entonces la primera lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana». En 1918 escribiría Gonzalo Zaldumbide que Rodó, fallecido pocos meses atrás, era «el primer prosista de América».

Pero no todo fueron elogios y reconocimientos. Desde el primer momento no faltaron voces que subrayaban el hecho paradójico de que en las páginas de *Ariel* se hablase de ocio helénico y de fruición estética a gentes agobiadas por necesidades primarias. Y ya en 1905 el historiador peruano José de la Riva Agüero en su libro *Carácter de la literatura del Perú*, escribía: «Francamente, si la sinceridad de Rodó no se transparentara en cada una de sus páginas, era de sospechar que *Ariel* esconde una intención secreta, una sangrienta burla, un sarcasmo acerbo y mortal.

Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada con el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y juego libre de la fantasía a una raza que si sucumbe será por una espantosa frivolidad; celebrar el ocio clásico ante una raza que se muere de pereza...».

Reproches análogos podrían aducirse debidos a la pluma de sus compatriotas García Calderón y Luis Alberto Sánchez. Mas en nuestros días el escritor y político argentino Jorge Abelardo Ramos comentaba que Rodó «propone un retorno a Grecia, aunque omite indicar los caminos para que los indios, mestizos, peones y pongos de América Latina mediten en sus yerbales, fundos o cañaverales sobre una cultura superior».

Pero Rodó no fue sólo el autor de *Ariel* sino de otros libros y artículos donde expresó un mensaje de americanidad. Ya en sus años de juventud hablaba del «triunfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador» en una carta de 1896 al escritor argentino Manuel Ugarte. Y en 1905 hablará de la «magna patria»: «Patria es, para los hispanoamericanos, la América española». Y en un artículo escrito en Roma en diciembre de 1916, es decir, pocos meses antes de su muerte, afirmaba que si le preguntaran cuál podía ser su obra y acción más profunda, cuál su esfuerzo más prometedor de gloria y bien, su respuesta sería: «Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma invisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra».

He querido extenderme en la consideración de la figura intelectual de José Enrique Rodó porque en ella confluyen las dos líneas primordiales presentes en los textos de los autores que cité al principio de mi exposición. Es decir, de una parte el recelo y rechazo de la influencia norteamericana, que en un plano político puede traducirse en una actitud antiimperialista y de otra parte, la defensa de la unidad de los pueblos hispánicos, adhesión a una Magna Patria proclamada en los textos de Rodó y Henríquez Ureña, a la Patria Grande en expresión de Ugarte, a la *raza cósmica* propuesta por Vasconcelos, a la vocación continental con que, en un plano político, fundó Haya de la Torre en 1924 el APRA.

Son numerosos los textos que se podrían aducir como testimonio de estas dos actitudes. En primer lugar los bien conocidos poemas que Rubén Darío, adelantado de la generación propuesta, incluyó en su libro *Cantos de vida y esperanza* (1905), libro expresivamente dedicado a José Enrique Rodó. Así los sonoros versos de la *Salutación del optimista*:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda, espíritus fraternos,
luminosas almas, ¡salve!

o los del poema *Al rey Oscar*

¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,

un buscado imposible, una imposible hazaña
una América oculta que hallar, vivirá España!

o los tantas veces citados de la oda a Roosevelt, a quien increpa

Tened cuidado. ¡Vive la América española!

.....

Y, pues contais con todo, falta una cosa: ¡Dios!

o aquellos otros interrogantes e irónicos del poema *Los cisnes*

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Otro poeta, el peruano Santos Chocano denuncia la voracidad de los Estados Unidos en versos no menos sonoros y rotundos

Los Estados Unidos como argolla de bronce
contra un clavo torturan de la América un pie,
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después.

Del fervor e ingenuidad de los poetas, pasemos a los textos en prosa. Las protestas por la actitud yanqui son numerosas. Un amigo y biógrafo de Rodó, Victor Pérez Petit, escribiría: «Un nuevo Bolívar nos habría llenado de orgullo... Pero lo que no admitíamos era la intervención de Norteamérica».

Y Manuel Ugarte en su artículo «El peligro yanqui» publicado en 1901, sostenía que «la política exterior de los Estados Unidos tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando primero con la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas. Nadie ha olvidado que el territorio mexicano de Texas pasó a poder de los Estados Unidos después de una guerra injusta».

Esta bandera antiimperialista la mantendrá enarbolada Manuel Ugarte durante toda su vida. En una conferencia pronunciada en la Universidad de Columbia, en 1912, diría: «Nos sublevamos contra la tendencia a tratarnos como raza subalterna y conquistable». Esta actitud la expondrá en discursos, artículos, libros: *El porvenir de la América española*, *El destino de un continente*, *Mi campaña hispanoamericana*, *La Patria Grande* y *La reconstrucción de Hispanoamérica*... En esa campaña gastará la fortuna heredada de su padre, consumirá el dinero obtenido por la venta de su biblioteca. No le importa la falta de audiencia y respaldo que encuentra en su patria ni la incomprensión de quienes son sus compañeros de partido –los socialistas argentinos– durante algunas etapas de su vida.

Otro escritor alerta a las actitudes antimperialistas y promotor del espíritu hispanoamericano, fue José Vasconcelos. «La generación a la que pertenezco ha visto renacer el anhelo iberoamericano», escribió en 1926. Su sugestiva personalidad, su poliédrico saber y su prodigiosa prosa le hicieron una de las figuras más interesantes de las letras y del pensamiento no sólo de México sino de toda Hispanoamérica. Fue Secretario de Educación Pública de 1921 a 1924, puesto que desempeñó «no como se maneja un Ministerio sino como se encabeza una cruzada» en frase feliz de Octavio Paz. Por aquellos años fue nombrado Maestro de la Juventud en varios países americanos y para agradecerlo escribió bellísimas cartas a los jóvenes colombianos - dirigida a Germán Arciniegas - y a los peruanos de Trujillo. Su posición quedó expuesta en sus libros, en particular en *Indología y Bolívarismo y monroísmo* en el que define ambos conceptos: «Llamaremos bolívarismo el ideal hispanoamericano de crear una federación con todos los pueblos de la cultura española. Llamaremos monroísmo el ideal anglosajón de incorporar las veinte naciones hispánicas al imperio nórdico mediante la política de panamericanismo».

Quisiera subrayar al hilo de la cita que acabo de leer, que las actitudes de reacción frente a los Estados Unidos coinciden con el propósito de promover la unidad de los pueblos de estirpe hispánica en una entidad superior. Ya antes hice referencia al concepto de Patria Grande en Ugarte, de magna patria en Rodó, Esa misma idea de la magna patria la encontramos en Henríquez Ureña cuando escribe: «La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una «magna patria», una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más».

Pertencen esas palabras a la conferencia que con el título de *La Utopía de América* pronunció en la Universidad de La Plata en 1922, un texto fundamental en el pensamiento de su autor.

Otro testimonio quiero citar en este mismo orden de cosas porque lo encuentro muy significativo: el del médico y filósofo argentino José Ingenieros. Hijo de un matrimonio italiano emigrante, es un ejemplo más de la rápida movilidad social que proporcionaba la Argentina de aquellos años: se graduó, primero, en Farmacia, luego estudió Medicina pero con gran preocupación por los temas filosóficos, como reflejan los títulos de sus libros: *El contenido filosófico de la Argentina* (1915), *La última filosofía en España* (1916), o *La evolución de las ideas argentinas* cuya primera parte apareció también en 1916.

Ingenieros fue sin duda una de las personalidades argentinas más interesantes del primer cuarto de nuestro siglo. Lo traigo de nuevo a colación porque en 1925, el año en que había de morir -muy joven por tanto- participó activamente en la fundación en Buenos Aires de la Unión Latinoamericana, junto con el también socialista Alfredo L. Palacios, Gabriel del Mazo y Julio V. González. En el acta fundacional, redactada por Ingenieros, se decía:

«La Unión Latinoamericana afirma su adhesión a las normas que se expresan, solidaridad política de los pueblos latinoamericanos y acción conjunta de todas las posiciones de interés mundial, repudiación del panamericanismo oficial y supresión de la democracia secreta».

También en 1925, se celebró en París un acto público de signo antiimperialista en el que participaron oradores tan significativos como José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Victor Raúl Haya de la Torre, José Ingenieros, Miguel Angel Asturias y nada menos que don Miguel de Unamuno y quien por entonces era su asiduo acompañante, José Ortega y Gasset. En aquella ocasión, de nuevo Ingenieros afirmó su posición; «La nueva juventud americana ha precisado la lucha contra el imperialismo yanqui, y todos los hombres mayores, sumados a las filas juveniles deben declararse guiados y no guías».

Pues bien, paralelamente a esta idea de la unidad hispanoamericana se fue produciendo, y esto es algo que deseo subrayar, un movimiento de acercamiento intelectual y cultural a España por buena parte de los escritores de que vengo hablando: Vasconcelos proclama su reconocimiento a la historia común de España y América; Gonzalo Zaldumbide, tan admirador de la cultura francesa no vacila en ensalzar la obra de España en América; Henríquez Ureña viene a Madrid y se incorpora a las tareas del Centro de Estudios Históricos que dirige don Ramón Menéndez Pidal (donde coincide con el mexicano Alfonso Reyes); José Ingenieros dicta en la Universidad de Buenos Aires en 1916 un curso sobre *La cultura filosófica en España* (recordemos que por entonces inaugura sus tareas en Buenos Aires la Institución Cultural Española fundada en 1914 por el dr. Avelino Gutiérrez); Manuel Ugarte publicó varios de sus libros en Madrid, ciudad que visitó en distintas ocasiones; es en Madrid en donde Blanco Fombona funda su editorial, etc., etc.

Si hubiese tiempo para hablar de la generación literaria formada por los nacidos en torno al año 1900 –Alfonso Reyes, Martínez Estrada, Benjamín Carrión, Germán Arciniegas, Gilberto Freyre, Luis Alberto Sánchez, Picón Salas, Uslar Pietri, etc.–, veríamos en qué medida unos y otros vivieron una intensa relación con los temas españoles.

El tiempo ha pasado y debo entrar en el tramo final de mi exposición. No sé en qué medida ha quedado claro que en un grupo de escritores hispanoamericanos nacidos en el último tercio del siglo XIX hubo una conciencia generacional suscitada por la guerra de España y Estados Unidos en 1898 y por otras intervenciones que posteriormente fueron muestras de la voluntad hegemónica de Estados Unidos. A esa conciencia y en el campo de las ideas contribuyó la publicación del libro *Ariel*.

Permítanme ahora que dedique los últimos minutos a formular una pregunta e intentar la respuesta correspondiente: ¿Qué resonancias, qué ecos suscitó en España la actitud intelectual y política de aquel grupo de hombres?. Dicho de otra manera: ¿en qué medida hubo una relación entre los integrantes de una generación y la otra?

No constituye novedad alguna recordar que el libro de Rodó fue inmediatamente comentado por figuras tan relevantes de nuestras letras como Miguel de Unamuno, «Clarín», Juan Valera, Rafael Altamira, Eduardo Gómez de Baquero... El elogio fue unánime y todos reconocieron la sugestiva personalidad literaria del joven pensador. Valga como cita expresiva este texto de «Clarín» (abril de 1900): Rodó «sabe que hoy los Estados Unidos del Norte procuran atraer a los americanos latinos, a todo el Sur, con el señuelo del panamericanismo; se pretende que olviden lo que tienen de latinos, de españoles, mejor, para englobarlos en la civilización yanqui, se les quiere inocular el utilitarismo angloamericano».

Pero al margen de esta reacción respecto al libro de Rodó ¿cuál fue la actitud de los integrantes de la generación española del 98 respecto a las cuestiones americanas? Salvo la voz egregia de don Miguel de Unamuno y la menos decisiva de José María Salaverría, el resto de los miembros del grupo apenas si se plantearon con rigor nuestras relaciones con los pueblos de nuestra estirpe. Años más tarde sería Ramiro de Maeztu quien situase en un primer plano la idea de la Hispanidad, palabra lanzada por Unamuno. Pero en el tiempo inmediato al Desastre faltó sensibilidad y simpatía para comprender y compartir las ideas y sentimientos de cuantos intelectuales americanos alzaron la bandera de la unidad de sus pueblos o manifestaron hostilidad hacia las intervenciones e intromisiones de Estados Unidos.

Faltó también, me parece, una política exterior clara y definida en relación con nuestra América, quizá porque la preocupación en este orden de cosas era tener una presencia más viva y operante en Europa.

A este respecto quiero recordar un artículo de Ortega y Gasset publicado en febrero de 1916 en la revista *España* en el que subrayaba la falta de adecuada reacción del gobierno español respecto de la decisión del general Carranza de expulsar de México a nuestro representante diplomático. La conclusión a la que llega Ortega es tan rotunda y grave como ésta: «España es el único país que no tiene una política de América».

No sé en qué medida era justa o exagerada esta afirmación. Cabe pensar que nos faltó pulso, tensión para replantear las relaciones políticas, culturales, económicas en muy diversos niveles e instancias. Alguna experiencia positiva—así el viaje de la Infanta Isabel a Buenos Aires con ocasión del Centenario de la Independencia— no trajo mayores consecuencias. Se habló, por ejemplo de un viaje del Rey hacia 1921, lo que animó a nuestro gran hispanoamericanista, don Rafael Altamira, a escribir un libro, *La política de España en América*, en donde repetía una vez más lo que venía presentando desde hacía diez años como un programa de actuaciones de España en Hispanoamérica en materia de defensa del idioma, política del libro, asistencia a la emigración, fomento de los trasportes, establecimiento de centros docentes, etc. Pero el viaje del Rey no tuvo lugar y las recomendaciones del profesor Altamira no pasaron de ser loables iniciativas...

Perdón, veo que me he alejado de ese tramo final que antes anunciaba pero también veo que debo terminar. A la hora de revisar y analizar en estas Jornadas qué fue aquel hecho histórico del 98 y cuáles fueron sus consecuencias en el campo de las letras y del pensamiento, me parecía justo y necesario recordar—aunque no fuese más que como una hipótesis de trabajo necesitada de contraste e investigación— lo que al otro lado del Atlántico pensaron y soñaron unos escritores, unos intelectuales a los que he pretendido encuadrar como la generación hispanoamericana del 98.